

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

N.º 879 | Jueves, 21 de Marzo de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✦ **Entre el pragmatismo y la visceralidad**, *Manuel Parra Celaya*
- ✦ **Al final de la escapada**, *Juan Van-Halen*
- ✦ **El golpe de Estado considerado como un de las bellas artes**, *Jesús Laínz*
- ✦ **La reconciliación que necesitamos**, *Antonio Caña*
- ✦ **Pedro Sánchez, atrapado en el maletero de Puigdemont con la mochila de su corrupción**, *Francisco Rosell*
- ✦ **La enseñanza de las Humanidades: una oportunidad para el PP**, *Esperanza Aguirre*



Entre el pragmatismo y la visceralidad

Manuel Parra Celaya

La visceralidad, reprimida con grandes esfuerzos, me inclina a perder todo asomo de confianza en las instituciones

Hoy, 14 de marzo de 2024, cuando se están escribiendo estas líneas, el Congreso de los Diputados dará su voto afirmativo mayoritario a la Ley de Amnistía. Poco importará que el Senado, de mayoría *popular*, en una segunda votación, difiera su aprobación definitiva, pues sabemos de sobra que la ley saldrá adelante y será ratificada con la firma de Felipe VI, aunque el monarca se tape la nariz al hacerlo, imitando en ésta actitud a muchísimos españoles que lo vienen haciendo en cada contienda electoral desde hace lustros.

Esta amnistía –incluso puesta presuntamente en tela de juicio o sometida a trámites inánimes en el ámbito comunitario europeo– no solo borrará (amnistía=amnesia) las *pequeñeces* de un golpe de Estado en una nación constituida, las mangas y capirotos a una Constitución vigente, la malversación de fondos públicos a favor de la intentona y el terrorismo callejero de la particular *kale borroka* en Cataluña, sino que eliminará de un plumazo aquel famoso 3% y las posibilidades –remotas desde siempre– de sentar en el banquillo a la familia Pujol-Ferrusola. Quizás en este punto se encuentre la madre del

cordero, y no dejo de preguntarme si esto es el fin último de la amnistía de Sánchez; siempre he sospechado que nunca se vería este juicio, tan dilatado en el tiempo, acaso por las muchas implicaciones que tendría en cuanto a presuntas complicidades acá y allá de las riberas del Ebro.

Pedro Sánchez habrá triunfado en su felonía y además será aclamado por su bancada y por todos los que se niegan a ser españoles en el marco de una España que no sabemos si sigue mereciendo este nombre. El resto de *pequeñeces* en el candelero, como la corrupción rampante, quedarán eclipsadas ante el éxito de la maniobra, no por presumida y anunciada, menos infame. Para resumir, nos encontramos en los estertores de muerte del Estado de Derecho, que encontrará su brillante sepelio en esa *caravana de bienvenida* que los separatistas piensan organizar a Puigdemont en el momento en que regrese triunfalmente a España.

En estos momentos, este articulista, no vinculado a disciplina alguna de partido ni a otra lealtad que no sea la de sus creencias, ideas y valores, siente oscilar su talante entre el pragmatismo y la visceralidad, motivado el primero por su condición de ciudadano europeo del siglo XXI y su edad, impelida la segunda por la vergüenza torera y quizás por sentir *las pulgas de la pelliza de Viriato*; por otra parte, entiende, en el trasfondo de su conciencia cívica, que eso de echarlo todo a rodar es propio de épocas degeneradas, aunque esta característica se aproxime mucho a nuestra circunstancia actual.



La visceralidad, reprimida con grandes esfuerzos, me inclina a perder todo asomo de confianza en las instituciones, desde las de su cabecera hasta las que, incluso, ponen sus fundamentos en valores cercanos a los míos; en consonancia, y como primer alcance, pone en tela de juicio la oportunidad del ejercicio de voto y su mera aproximación a cualquier urna, sea esta municipal, autonómica, nacional o europea; en un grado aun mayor, acrecienta su total escepticismo ante las propuestas y fervorines de cualquier figurón de la política actual, sea de izquierdas o de derechas. Ostracismo voluntario o impelido, o franca rebeldía, atenuando esto último por el hecho de que no cuadra con mis condiciones y mi racionalidad la tentación de refugiarme con un vetusto trabuco en mi cercana Sierra del Montseny.

En consecuencia, habrá que apretar los dientes y aproximarse al sendero polvoriento de un pragmatismo limitado, que no puede confundirse en modo alguno con el desinterés o una inhibición de mi patriotismo ni con la aceptación sumisa del *apartheid* al que la hoja de ruta del sanchismo ha llevado a miles de catalanes que se sienten españoles.

Pragmatismo que no querrá decir nunca confianza en el Sistema ni en el Régimen y sus leyes; acatar la propia Constitución, incluso, tendrá para mí el mismo valor que obedecer el Código de la Circulación, por mor de la seguridad propia y ajena y, también, por el legítimo temor a una multa; acatar las instituciones y sus correspondientes organismos –repito: desde la cabecera hasta la más próxima a mi ámbito– no se vincula ni con la confianza ni mucho menos con la admiración o el entusiasmo. Tengo probadas muestras para justificar este escepticismo y esta desafección, y, en cuanto a los fundamentos históricos de la actual coyuntura, me reafirmo constantemente en lo de que *de aquellos polvos vinieron estos lodos*.

Mi condición de español es demasiado profunda e interiorizada para renunciar a ella; de no ser por la convicción de que existe *otra España* –quizás imbricada en el ámbito de

la Metafísica—, quizás me apresuraría a buscar otra carta de ciudadanía, posiblemente no de Abisinia o de Gabón (con todos los respetos), pero sí de cualquier otra nación de mi ámbito occidental o hispánico donde el grado de degradación no haya alcanzado los niveles en los que ahora estamos inmersos los habitantes de la Piel de Toro.



Al final de la escapada

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

El panorama político ha empeorado con el último galope de la corrupción socialista, la actividad de quienes se lo han llevado crudo o han dejado o tapado que otros se lo llevaran

Desde una vista panorámica lo que ocurre en España pertenece al género bufo. Y es más grotesco que preocupante porque la propia realidad se contradice y, en definitiva, se manifiesta imposible de permanecer. Con lo que conocemos y con lo que se apunta la inestabilidad del Gobierno cada vez será más difícil de negar. Es sabido que Sánchez se ha mostrado capaz de todo, de dar triples saltos en el aire y caer siempre de pie, pero las circunstancias varían con los tiempos. Aquello de llamar «cambio de opinión» a la mentira ya no cuela. Miente demasiado, sobre todo y a todos. Sánchez es el protagonista contradictorio de las hemeotecas. La muestra de un zigzaguo permanente.

Casi nadie duda de que Sánchez estaría dispuesto políticamente a todo. Un sabio viejo amigo, muy placeado, sostiene que el presidente gobernaría con Vox si lo demandasen sus intereses personales. A Iglesias y a Podemos les dedicó el mismo trato que a Vox en una campaña electoral y pocas horas después gobernaba con ellos. No tiene ideología, ni prejuicios; puede pasar de la ética y obviamente de la verdad. Sebastián Moreno publicó en 2010 *Camaleones, desmemoriados y conversos*. Insiste en que, aunque todo el mundo tiene derecho a rectificar, en muchos casos se trata de lo que conviene más a una persona, no a la Nación. Este es el camaleónico Sánchez.

Ahora casi todo le falla. Las elecciones adelantadas en Cataluña le pillan con el paso cambiado. Se ha visto obligado a no presentar Presupuestos, lo que en él no es nuevo, pero para el día a día necesita el voto de los que en precampaña, a cara de perro, serán enemigos mortales: ERC y Junts en Cataluña, y PNV y Bildu en el País Vasco. A ver qué gobiernos alumbran. A Sánchez no le está saliendo la agenda prevista. Y sus socios están a la espera. En el caso catalán Sánchez les ha regalado todo y ellos siguen exigiendo; no se conforman. Y repiten «lo volveremos a hacer». De rescate de la convivencia, nada.

Quienes confiaron en Sánchez se lo están pensando, aunque en su día fuese por salvarse ellos. La última maniobra de Yoli Díaz la ha dejado fuera de foco. En Galicia zozobró, y la posición de sus aliados catalanes respecto al adelanto electoral ha supuesto otro disgusto. Sánchez no la escucha. Hay que tener cuidado con los pactos. El presidente; puede estar en caída libre. Imaginemos el ridículo de Coalición Canaria, con su presidente Fernando Clavijo a la cabeza, apoyando a Sánchez con su único voto —el de Cristina Valido, para que conste— y así conseguir del Gobierno la tan citada Agenda Canaria que se queda en bla, bla, bla sin Presupuestos. Añoro a Ana Oramas.

El panorama político ha empeorado con el último galope de la corrupción socialista, la actividad de quienes se lo han llevado crudo o han dejado o tapado que otros se lo llevaran. La koldosfera ha crecido. Hasta ahora la defensa de implicados y sospechosos la han hecho ellos mismos. Así

Armengol, Illa, Ábalos, Torres, Vara, Marlaska –por citar algunos nombres sonoros alrededor del tema de las mascarillas– han hablado o callado según su conveniencia, como es natural. Pero algunos con credibilidad endeble. El último capítulo: 800.000 mascarillas y diverso material sanitario almacenados desde el año 2000 en una nave de Almendralejo al ser declarados inservibles. ¿Se pagaron? A ver qué dice Vara, entonces presidente extremeño.

Se ha repetido como argumento, sobre todo por ellos mismos y por sus medios afines, que a los principales implicados –o como tales aparecen– no se les ha abierto procedimiento judicial. La explicación es sencilla y conocida. Son aforados y cualquier juez –y el magistrado de la Audiencia Nacional Ismael Moreno también– espera lo más posible antes de perder un caso que investiga. El suplicatorio elevaría el asunto al Supremo; si no fuesen aforados, otro gallo cantarían. Pero todo se va desmadejando y no precisamente a favor del Gobierno.

No siendo injustos debemos reconocerle a Sánchez su capacidad de resistente. Desde el inicio de su carrera política en Bruselas como peón de un principal, luego en cargos por rebote al renunciar sus antecesores, y finalmente llegando a donde se proponía, su estrategia para mantenerse y ascender ha sido resistir y así tituló el relato de su vida pública: *Manual de resistencia*, supongo que por inspiración de Irene Lozano.

Mi reconocimiento de Sánchez como resistente se quiebra algo por alguna actitud que debería desmentir su experiencia. ¿Cómo cree que con un ventilador sobre mierda tan menor como un novio, que entonces no lo era, va a contrarrestar el enorme basurero de los Berni a los Koldo? La cuestión ya no se resuelve con un «y tú más» como en otros tiempos. Cualquiera considera más relevante que, por ejemplo, se aclare lo de la mujer del presidente y su presunta recepción de decenas de miles de euros al año que aparece como la posible punta de un iceberg.

Veo a Sánchez, el resistente, al final de la escapada, desde el título de la película del maestro Godard. Los tiempos finales de cualquier historia son amargos. El abandono suele ser general. Los compañeros a los que se favoreció entonan «de lo nuestro no me acuerdo». Los leales buscan otra lealtad y otros sueldos. Hasta San Pedro negó a Cristo. Como para fiarse. Churchill dejó dicho: «Los fascistas del futuro serán los antifascistas de hoy». La cita de Churchill va en honor de mi viejo amigo y primo lejano Pedro Muñoz Abrines, gran conocedor y admirador del estadista.



El golpe de Estado considerado como una de las bellas artes

Jesús Laínz (*La Gaceta*)

De la pluma de su paisano George Orwell salió la pesadilla totalitaria del Ingsoc, el Socialismo Inglés, cuyo triple lema rezaba «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza».

Ya lo explicó el eximio moralista Thomas de Quincey: si un hombre se deja tentar por un asesinato, al poco tiempo comenzará a concederle poca importancia al robo; y del robo pasará a darse a la bebida y a la inobservancia del día del Señor; y a partir de ahí estará a un paso de la descortesía y la impuntualidad. Una vez comenzada esta marcha cuesta abajo, no se sabe dónde se parará.

De la pluma de su paisano George Orwell salió la pesadilla totalitaria del *Ingsoc*, el Socialismo Inglés, cuyo triple lema rezaba «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia

es la fuerza». Para organizar la tiranía sólo le hicieron falta cuatro ministerios: el de la Paz, encargado de la guerra; el de la Abundancia, encargado del racionamiento; el del Amor, encargado de la represión; y el de la Verdad, encargado de sembrar la mentira.

De Quincey en broma en el siglo XIX y Orwell en serio en el XX metieron el dedo en la llaga del siglo XXI. Poner patas arriba los valores y las palabras: en eso consiste el progresismo. Los crímenes podrán ser convertidos en virtudes y las virtudes en crímenes. Y las palabras ya no significarán lo que siempre han significado, sino lo que decidan los gobernantes.

El gobierno y sus socios borran siglos de derecho amnistiando delitos de golpismo, terrorismo y traición. Y acaban con la igualdad ante la ley estableciendo la impunidad de los políticos. Los golpistas, indultados, amnistiados y celebrados como héroes de la patria, deciden el gobierno del país que quieren destruir. Los jueces y policías que defendieron la ley han sido insultados, acosados e imputados. Y el monarca que intervino en defensa del Estado de derecho, si llega a firmar el decreto de amnistía, admitirá que su acto fue el de un tirano contra legítimos campeones de la libertad. Los enemigos declarados de España son socios del gobierno, y quienes la defienden, especialmente quienes llevaron a los golpistas ante los tribunales, son acusados de antidemócratas, anticonstitucionales y demás insultos de rigor.

Las víctimas del terrorismo etarra son olvidadas y vejadas, y se les exige que dejen de recordar su dolor porque aquello es agua pasada. Y los criminales, cuyo brazo político es socio del gobierno, son liberados con festejos y homenajes.

Por el contrario, lo que el gobierno promueve recordar son los acontecimientos de hace un siglo con los que, previa manipulación, izquierdistas y separatistas quieren pasar a la historia como los mártires de la libertad frente a los criminales que les vencieron. Y para ello promulgan leyes de reescritura de la historia a las que presentan como instrumentos de reconciliación cuando no son otra cosa que imposiciones totalitarias destinadas a amordazar al disidente y agitar la venganza.

La plaga apocalíptica del aborto, cuidadosamente maquillado hace ya décadas con la científica expresión de interrupción voluntaria del embarazo, ha pasado mágicamente de horror a derecho. Magnífico ejemplo de retorcimiento de valores y palabras: a facilitar el asesinato del feto lo llaman salud reproductiva. ¡Ni Orwell!

Primero se cambiaron las palabras, y cuando el paso del tiempo lo ha consagrado como costumbre inocua, se cambia su valoración jurídica. Temblemos mientras podamos: la vida humana ya no vale nada. La que vale es la de ratas y gallinas, cuyo maltrato puede comportar penas de prisión. Pero descuartizar al propio hijo mientras está en el seno materno es un derecho de rango constitucional y validez universal.



Ya no se sabe lo que quiere decir hombre, mujer, padre, madre, niño, niña, sexo, familia y matrimonio porque a realidades tan evidentes se les ha cambiado su significado y sus consecuencias jurídicas. Precisamente uno de estos días, con motivo de las manifestaciones del 8 de marzo, ha circulado por el ciberespacio la respuesta de un participante a la pregunta «¿Qué es una mujer?»: «Una mujer es más una posición política relacionada con la forma en la que se construye. Bueno, es complicado de explicar porque aquí habría que ponerse sobre teoría de género, pero se podría decir que una mujer es lo que políticamente está determinado como mujer. Es decir, que es una comunidad política».

¡Con lo fácil que es decir simplemente «un ser humano de sexo femenino»! Pero la creación de nuevos delitos y la despenalización de crímenes no es exclusiva de España. Lejos de ello, se trata de un fenómeno extendido por toda la progresfera: por ejemplo, Trudeau promulgando en Canadá, en nombre de la democracia, una ley que permitirá enviar a prisión a quienes no opinen lo debido en redes sociales. Por no hablar del alud de normas que, con el pretexto orwelliano de proteger la salud y el medio ambiente, imponen vacunaciones de dudosos efectos,

amordazan a miles de científicos disconformes, aniquilan la agricultura y pretenden obligarnos a comer grillos.

Estará usted oprimido, no tendrá la libertad de la que gozaron sus padres y abuelos, no podrá opinar, la ley no le protegerá, su vida no valdrá nada... Pero al menos no gobernará la derecha.



La reconciliación que necesitamos

Antonio Caño (*El Subjetivo*)

«La ley de amnistía nos aleja del pacto y las reformas imprescindibles para evitar el declive de la democracia española»

De todos los argumentos escuchados estos días para justificar la ley de amnistía aprobada por el Congreso de los Diputados, el más obscuro de todos es la comparación con la que en 1977 facilitó el tránsito de una dictadura a una democracia y permitió el abrazo entre los españoles, hasta entonces divididos en dos bandos.

Aparte de las diferencias groseras en el procedimiento y el respaldo, en la oportunidad y en el objetivo –diferencias que sólo se ignoran desde la hipocresía y el sectarismo–, la tropelía mayor consiste en reivindicar que esta amnistía, al igual que aquella, promueve la reconciliación.

Es tan burdo, que cuesta entrar a polemizar sobre ello. Bastaría con recordar que los promotores de la amnistía no advertían la necesidad de la reconciliación antes de que los votos de los amnistiados fueran necesarios para que Pedro Sánchez siguiera en el poder. O sería suficiente con reparar en que, a los pocos minutos de aprobada la ley, los beneficiados anunciaran que se disponen a volver a cometer los delitos de los que acababan de ser perdonados.

Reconciliación, como vemos, no se aprecia por ningún lado. Entre otras razones porque, así como una inmensa mayoría de españoles quería en 1977 dejar atrás el pasado y construir un futuro democrático juntos, los separatistas catalanes, tal como ellos mismos manifiestan cada día, no tienen ninguna intención de reconciliarse con el resto de los españoles en el marco de las leyes vigentes. Quieren, como confiesan, romper el actual régimen constitucional para cumplir su proyecto nacionalista.

Todo esto lo saben también los socialistas que votaron a favor de la ley de amnistía. Lo de la ley de 1977 y la reconciliación es una excusa mala que, para mayor gravedad, devalúa el mérito gigantesco de la Transición y confiere al proceso un valor político, y hasta épico, del que carece por completo.

Esta burla viene, en todo caso, a recordarnos que, si bien España no necesita en absoluto una amnistía, sí que está reclamando una nueva reconciliación. No, desde luego, una reconciliación con aquellos que ni la aceptan ni la desean, sino una reconciliación entre una mayoría de la población que sigue confiando en nuestra democracia, pero que tras años de división y enfrentamiento, ha dejado de compartir un proyecto de futuro.

La celebración reciente del aniversario de los atentados del 11-M ha puesto en evidencia hasta qué punto esa división es profunda y prolongada. En los últimos años se ha agravado con nuevos y más graves reproches mutuos, acelerados, además, por la transformación del PSOE en un partido populista y caudillista sin rumbo político ni principios morales.

Los problemas se amontonan sin que seamos capaces de darle respuesta como sociedad. Si desvistes a los datos oficiales de su propaganda, se puede comprobar que España es el país más envejecido de Europa, el de peor capacidad productiva, uno de los más endeudados y de los que menos horizonte ofrece a su juventud. Todas nuestras instituciones están oxidadas y en riesgo manifiesto de colapso ante cualquier percance imprevisto.

Necesitamos reformas profundas de orden político y económico para tratar de ofrecer un futuro a las nuevas generaciones. Reformas que sólo puede acometer una sociedad comprometida con un destino unitario y dirigida por líderes que, dentro de la disputa tradicional del juego político, sean capaces de acotar y respetar el espacio del interés colectivo.

La reconciliación que España necesita sólo puede partir de un pacto entre las fuerzas constitucionalistas para poner al día nuestro sistema político, adaptar nuestra economía y nuestras instituciones a los cambios que se experimentan en nuestra sociedad y en el mundo, incluso actualizando, si es preciso y posible, nuestro texto constitucional.

Me temo que esta ley de amnistía y la falsa reconciliación que promete, lejos de acercarnos, nos aleja de esa verdadera reconciliación que necesitamos y que da la impresión de que tendrá que esperar a una nueva catástrofe.



Pedro Sánchez, atrapado en el maletero de Puigdemont con la mochila de su corrupción

Francisco Rosell (*Vozpópuli*)

Al anticipar el presidente catalán Aragonès las elecciones autonómicas, Sánchez está «descangayado, fané»

Buscando rescatarlo del maletero en el que el golpista Puigdemont se fugó de España merced a comprar sus siete votos para ser presidente a cambio de amnistiarse y de granjearle impunidad, Pedro Sánchez ha quedado atrapado en el portaequipajes de quien se comprometió a poner a recaudo de una Justicia de la que se carcajea. Lo hace cargando con la atiborrada mochila de corrupción de los agios y untos del Covid-19, de cuyos «lodos –como en su “lapsus linguae” del otro día– vienen estos polvos» que enturbian su futuro como una tormenta de arena. En su «juego del gallina» con Puigdemont, Sánchez evoca al rival de James Dean en Rebelde sin causa en su desafío de la carrera automovilística rumbo a un precipicio en el que el primero que salte del vehículo en marcha es un gallina. El divertimento suicida deriva en tragedia al engancharse la cazadora y precipitarlo por el acantilado impelido por el coche como hoy acontece con Sánchez.

Al anticipar el presidente catalán Aragonès las elecciones autonómicas, Sánchez está «descan- gayado, fané» como en el tango de Gardel coincidiendo con estos «Idus de marzo» tan traicio- neros desde el asesinato de Julio César al desoír éste los avisos del adivino que le previno sobre el peligro que le amenazaba en cita tan señalada. Tras encarrilar la ley de autoamnistía redac- tada por los golpistas con la receta de Juan Palomo y su «yo me lo guiso, yo me lo como», Sánchez se ha quedado compuesto y sin esos Presupuestos del Estado sobre los que se había hecho el cálculo –como la lechera del cuento– de que le despejarían la legislatura.

Ahora, como le espetó a Rajoy en 2018, posee un utilitario sin gasolina. Claro que, dada su afición a gobernar por decreto-ley y de que los secesionistas querrán cobrarse sin demora sus com- promisos de pago, este gato de siete vidas volverá a subvertir los procederes democráticos como en el estado de alarma por la pandemia. Sin reparos, esta vez, del Tribunal Constitucional dado que dispone al mando del mismo a Conde-Pumpido para que, como es vicio en él desde que fuera Fiscal General del Estado con Zapatero, le justifique en Derecho sus tropelías.

Dada la tortuosa personalidad de Sáncheztein y de Putindemong, su intercambio de roles evoca el guion, sin salir de la sala de cine, de otro gran título del séptimo arte: El sirviente, del director británico Joseph Losey. Curiosamente, hace tres años, en una sesión de control al Gobierno me- nos bronca que la de este miércoles, uno de sus mil asesores le arrimó esta referencia cinéfila para que le diera réplica al otrora jefe de la oposición, Pablo Casado. En aquel rifirrafe, un pe- tulante Sánchez le encomió que viera *El sirviente*. «Trata –le explicó condescendiente– de un aristócrata tradicional que contrata a un sirviente y del que, en principio, está contento porque le arregla todos los problemas de la casa. ¿Cuál es el resultado? Que al final, acaba (...) siendo el que manda y el se- ñor, el que obedece». Con ello, perseguía aleccion- arle para que hiciera una oposición constructiva ale- jada de Vox y del «camino de la perdición que le en- señaron en Cataluña por su complejo con la ultrade- recha».



Como habitúa, Sánchez se mostró con la insolencia y descaro que Jonathan Swift aconsejaba en sus Instruc- ciones a los sirvientes cuando fueran pillados en falta dado que, para ser presidente, ya se había rendido al soberanismo y, desde el 23-J, se somete a quien lo domina aprovechándose de sus debilidades. Si el señor y el criado en la implacable radiografía cinematográfica sobre la condición humana de Losey, aparentan ser antagónicos cuando son caras de la misma moneda –un «bon vivant» y un medrador con vocación parasitaria–, otro tanto acaece entre el evadido del Estado de Derecho Sánchez y el fugitivo Puigdemont. Dos aventureros cortados por el mismo patrón de su desaforada ambición y a los que les obses-iona cómo pasarán a la Historia sin reparar en los desatinos que causan a su paso como los huracanes.

Así, persiguiendo el primero su perpetuación en el poder y el segundo, la ruptura de España, se aúnan en la demolición del orden constitucional y franquean un cambio de régimen en el que el pretérito imperfecto es el futuro que aguarda a los españoles. Por eso, la connivente autoam- nistía ni favorece la convivencia ni frena a quienes no conocen estación término. Hechos a tejer y destejer la Historia como el manto de Penélope, se echa en saco roto lecciones como la que impartió Alcalá Zamora, primer presidente de la II República, quien anotó que las amnistías im- puestas, como advierte la Comisión de Venecia, «no significan la consolidación de la paz espiri- tual (...) y sí el envalentonamiento anunciador de nuevas revueltas».

De hecho, nada más aprobar el Congreso la ley de impunidad, ya festejan el referéndum de autodeterminación, a la par que esquilmán a España como una colonia a la que saquear sin mi- ramiento abundando en una depredación que ya era palmaria en 1838 para el turista Stendhal. «Los catalanes –escribía– piden que todo español que hace uso de telas de algodón pague 4 francos al año, por el solo hecho de existir Cataluña. (...) Los catalanes son liberales como el

poeta Alfieri, que era conde y detestaba los reyes, si bien consideraba sagrados los privilegios de la nobleza».

Al otorgar la amnistía que siempre negó y quedarse sin presupuestos, Sánchez revela la frustración del perro de la fábula de Esopo. Cuando se las prometía felices con un sabroso pedazo de carne entre sus dientes, se asomó al río y, viendo su reflejo en el agua, creyó que se correspondía con otro can que llevaba un trozo mayor. Al abrir la boca para adueñarse del cacho ajeno, perdió el suyo corriente abajo sin pillar lo que era sólo un reflejo. De ahí que se explique la rabia y frustración de votar en favor de la ley que negó que promulgaría el día siguiente que, con el adelanto de los comicios catalanes, volaban los Presupuestos del Estado. Los ladridos del perro de Esopo y el clamoroso silencio de Pedro Sánchez sin derecho a queja son tan entendibles como justo castigo a sus despropósitos.

Al fin y al cabo, se puede regresar de cualquier parte menos del ridículo. Por eso, los políticos de talla, a diferencia de los maniqués de la misma, discernen que, en el Gobierno, cabe cualquier cosa salvo el ridículo. Como siempre ponderó Josep Tarradellas, quien vaticinó la jornada misma en la que tomó posesión Pujol el devenir que aguardaba a los catalanes entre sí, y a estos con el resto de los españoles. Lejos de servir de precaución la carta-testamento que, ya curado de los excesos de juventud, le remitió al director de *La Vanguardia Española*, Horacio Sáenz Guerrero, es la crónica de una muerte anunciada, cuya esquela es el articulado de ese artefacto explosivo envuelto, como si fuera celofán, que es la «autoamnistía» del envés de Tarradellas.



Perdido el «Bocato di cardinale» de los Presupuestos y trastabillada la legislatura a los cien días de iniciarse, al aguardo del carrusel de urnas en marcha –vascas, catalanas y europeas, con las primeras confrontando a sus socios–, Sáncheztein se enfrenta además al voraz incendio que asola al sanchismo y le compromete doblemente. De un lado, por vía orgánica, al ser directos colaboradores los concernidos por el cobro de mordidas a cuenta del material sanitario defectuoso adquirido con el Covid-19; de otro, por vía marital ante el posible tráfico de influencias de su esposa, Begoña Gómez, cuyas actividades patrocinaron empresas rescatadas por el Gobierno, amén de captar fondos públicos siendo mujer del César.

Hallándose entre la espada y la pared, se comenta por sí misma la intempestiva reacción de acorralado que exhibió en la sesión de control del miércoles con sus bufidos contra Feijóo y Ayuso. Al líder del PP, restregándole por enésima vez su foto de hace 30 años en el barco del entonces contrabandista de tabaco, Marcial Dorado. Y a la presidenta madrileña los problemas con Hacienda de su novio sin reparar en que así comprometía aún más a su compañera de lecho que, a diferencia de Alberto González Amador, si ha trajinado con fondos administrados por su consorte. En su escalada verbal, que puede remover contra él los negocios y los beneficios de las saunas de su suegro, donde el ex comisario Villarejo tenía uno de los centros de grabación para los chantajes de los que luego presumía ante el exjuez Garzón y la fiscal Dolores Delgado, luego ministra con Sánchez, el jefe de filas socialista fue más allá de aquel «¿Quieren catarsis? Pues habrá catarsis para toos» de Alfonso Guerra tras el escándalo de su hermano en la Delegación del Gobierno en Andalucía.

En su todo vale contra Ayuso, instrumentaliza la Agencia Tributaria –la propia ministra de Hacienda ha filtrado datos sin que la Fiscalía actúe de oficio– y al Ministerio Público contra sus respectivos estatutos sobre confidencialidad y autonomía. Como en política no hay casualidades, sino causalidades, es evidente que los derechos de un ciudadano, novio de Ayuso, como antes los de su padre, su madre, su exmarido, su hermano y toda su parentela, se han quebrantado para desviar la atención sobre la pudrición que anega al sanchismo. De no ser por su vínculo sentimental con Ayuso, el ciudadano González Amador habría dirimido sus desavenencias fiscales como cualquiera del común y habría sucedido lo que fuera menester, pero sirve para entintar a quien Sánchez se empecina en destruir como si rigieran las «las tres P» («Plata

para los amigos, Palo para los indiferentes y Plomo para los enemigos») de las satrapías latinoamericanas.

Se normaliza el crimen y se criminaliza la normalidad ciudadana

Si en las democracias, los gobiernos temen a los ciudadanos frente a las dictaduras en las que son estos los que temen a sus gobernantes, no es lo mismo que les interpele el Tío Sam –como el célebre afiche instando a los ciudadanos a cumplir con su nación– a que lo haga el «Gran Hermano» Sánchez privatizando en su provecho el Estado, no para defender a la nación y a sus ciudadanos, sino para actuar contra ellos. En suma, se normaliza el crimen y se criminaliza la normalidad ciudadana.

Pero, a lo que se ve, Sánchez está dispuesto a morir políticamente arrastrando con él a todos los filisteos. Por desgracia, España no es Portugal, a la vez tan cerca en lo geográfico, como alejada en lo democrático. Por contra, España carece de un Jefe de Estado con atributos como para, cuando se plantean sobornos como la compraventa de una investidura o correntías de agios, llamar a capítulo a Sánchez, como Rebelo de Sousa a Antonio Costa, y le obligue a dimitir y convocar elecciones para que los ciudadanos resuelvan. Si albergaba dudas de como pasaría a la historia, Sánchez ya no debiera tenerlas, si es que, como el perro de Esopo, no se extasía mirando su reflejo en el río de los Narcisos.



La enseñanza de las Humanidades: una oportunidad para el PP

Esperanza Aguirre (*El Subjetivo*)

Jurista y política española)

«El PP tiene una magnífica ocasión de organizar la enseñanza en las comunidades que gobierna para que los alumnos reciban unas mínimas enseñanzas comunes»

El pasado lunes tuvo lugar en la Universidad San Pablo CEU un acto de homenaje a mi querido amigo Eugenio Nasarre, recientemente fallecido. En la larga trayectoria intelectual, profesional y política de Eugenio ocupa un lugar fundamental su dedicación a la Educación. Cuando Íñigo Cavero fue ministro de Educación en el primer gobierno de UCD, Eugenio fue ya su jefe de gabinete y conmigo de ministra fue Secretario General de Educación.

Tuve el honor de ser invitada a ese homenaje y centré mi intervención en el que creo que fue el episodio más trascendental que Eugenio y yo vivimos codo con codo cuando estuvimos juntos en el ministerio: la elaboración del Real Decreto de mejora de la enseñanza de las Humanidades en la Secundaria.

Todo empezó cuando llego al Ministerio de Educación y Cultura en mayo de 1996. Yo había asistido a varios seminarios de FAES –el think tank del PP de entonces– en los que se habían abordado asuntos importantes en materia educativa, entre los que recuerdo uno dedicado al deficiente conocimiento de la Historia con que acababan nuestros alumnos después de sus muchos años de educación obligatoria.

Quiso el destino que el primer acto al que tuve que asistir como ministra el mismo día de mi toma de posesión fuera un Congreso de Editores de Libros de Texto. Y allí tuve la inmensa suerte de escuchar la lección magistral que impartió Don Antonio Domínguez Ortiz. Don Antonio tenía entonces 87 años y era, sin duda, el historiador español vivo de más prestigio, además de haber sido durante casi cuarenta años catedrático de instituto. Dedicó su intervención a reflexionar

sobre la forma de enseñar la Historia y a criticar los defectos que, a su juicio, existían en la educación española. Salí de aquel acto profundamente impresionada por la brillantez y la inteligencia de lo que allí había escuchado y con la idea de que, si abordaba las reformas que creía necesarias, tendría que contar con él.

Cuando le llamaron de mi oficina para invitarle a comer pidió que se le enviara una carta porque «en toda su vida como catedrático de instituto nunca le había llamado un ministro de Educación».

Aquel año 1996 la Inauguración del Curso de las Reales Academias, con asistencia de los Reyes de España, se celebraba en la Real Academia de la Historia y allí utilicé para mi intervención las notas que Don Antonio me había facilitado durante nuestra comida. Ese discurso produjo innumerables reacciones en la línea de que había que hacer algo para paliar la ignorancia sobre asuntos fundamentales de nuestra Historia y nuestra cultura. Incluso Felipe González hizo unas declaraciones diciendo que era una vergüenza que los niños españoles no supieran quién era Felipe II. El presidente José María Aznar, que había organizado un almuerzo en La Moncloa con todos los expresidentes vivos, Suárez, Calvo-Sotelo y Felipe, me contó que este asunto se tocó allí y que Felipe le dijo que Nasarre se pusiera en contacto con Rubalcaba para ponerle remedio. Algo que hizo y para lo que encontró, en principio, su apoyo.

Después de analizar a fondo la situación, llegamos a la conclusión de que, igual que la Historia, las materias que tradicionalmente se han considerado Humanidades (Lenguas Clásicas –Latín y Griego- Lengua y Literatura Españolas y Filosofía) también necesitaban de una labor similar a la que se iba a emprender con la Historia. Es necesario recordar que la Ley entonces vigente, la LOGSE, en su artículo 4 atribuía al Gobierno la tarea de establecer las enseñanzas mínimas comunes que todos los españoles debían conocer, cualquiera que fuera el territorio donde estuviesen.



Con el propósito de redactar ese Real Decreto, desde el ministerio encargamos a la Fundación Ortega y Gasset la creación de cuatro comisiones, una por asignatura, para que elaboraran los programas. Como muestra del nivel de los profesores que trabajaron a lo largo de aquel curso 96-97 dejo aquí la lista de los que componían la de Geografía e Historia: Celso Almuíña (catedrático de la Universidad de Valladolid, que fue el Presidente de la Comisión), Antonio Domínguez Ortiz (que no necesita presentación), José Varela Ortega (catedrático de Historia Contemporánea y Presidente de la Fundación Ortega y Gasset), Fernando García de Gortázar (catedrático de la Universidad del País Vasco), Antonio Fernández García (catedrático de la Universidad de Madrid), Pere Molas (catedrático de la Universidad de Barcelona), Germán Delibes de Castro (catedrático de la Universidad de Valladolid), Julio Valdeón Baruque (catedrático de la Universidad de Valladolid), Manuel Menor (catedrático de Enseñanza Media), Gregorio Martín (Inspector de Enseñanza Media) y Miguel Ángel Mateos (catedrático del Instituto Rei Alfonso Henriques de Zamora, que era el Secretario de la Comisión).

De las otras, basta con saber que en la de Lengua estaban José Manuel Blecua, Víctor García de la Concha y Rafael Lapesa y también colaboró Pere Gimferrer. Y que la de Filosofía la presidió Elio Carpintero.

Terminado el trabajo, desde el ministerio procedimos a elaborar el texto del Proyecto de Real Decreto y lo remitimos a todas las Comunidades que en aquel momento tenían transferidas las competencias de Educación.

Que el Ministerio pretendiera que todos los alumnos españoles tuvieran unos conocimientos comunes era algo que los nacionalistas no estaban dispuestos a aceptar.

El Grupo Parlamentario de la Minoría Catalana presentó una Proposición No de Ley para «que la ministra retirara ese proyecto de Real Decreto». Y fue aprobada en el Pleno del Congreso por socialistas, comunistas y nacionalistas. Aunque pocos días antes los socialistas del Senado, encabezados por el honrado y cabal Juanjo Laborda, habían votado no a la PNL de los nacionalistas.

Al salir del Congreso el día de aquella votación, Eugenio Nasarre me dijo que en la Asamblea Nacional Francesa esta PNL no se hubiera admitido jamás a trámite porque aquello que una ley atribuye al Gobierno («el Gobierno por Decreto establecerá las enseñanzas mínimas comunes...») no puede negársele sin cambiar esa Ley.

El sensacional trabajo de aquellas Comisiones está ahí. Y el PP de hoy, que gobierna en más del 68% de la población española, tiene una magnífica oportunidad de organizar la enseñanza en todas las comunidades que gobierna de manera que todos los alumnos reciban esas mínimas enseñanzas comunes.

Con el paso del tiempo y la deriva de los nacionalistas y socialistas he llegado a la conclusión de que el mayor error de mi vida política fue el haber retirado aquel Real-Decreto pensando que el rechazo de la Cámara me obligaba a ello.
